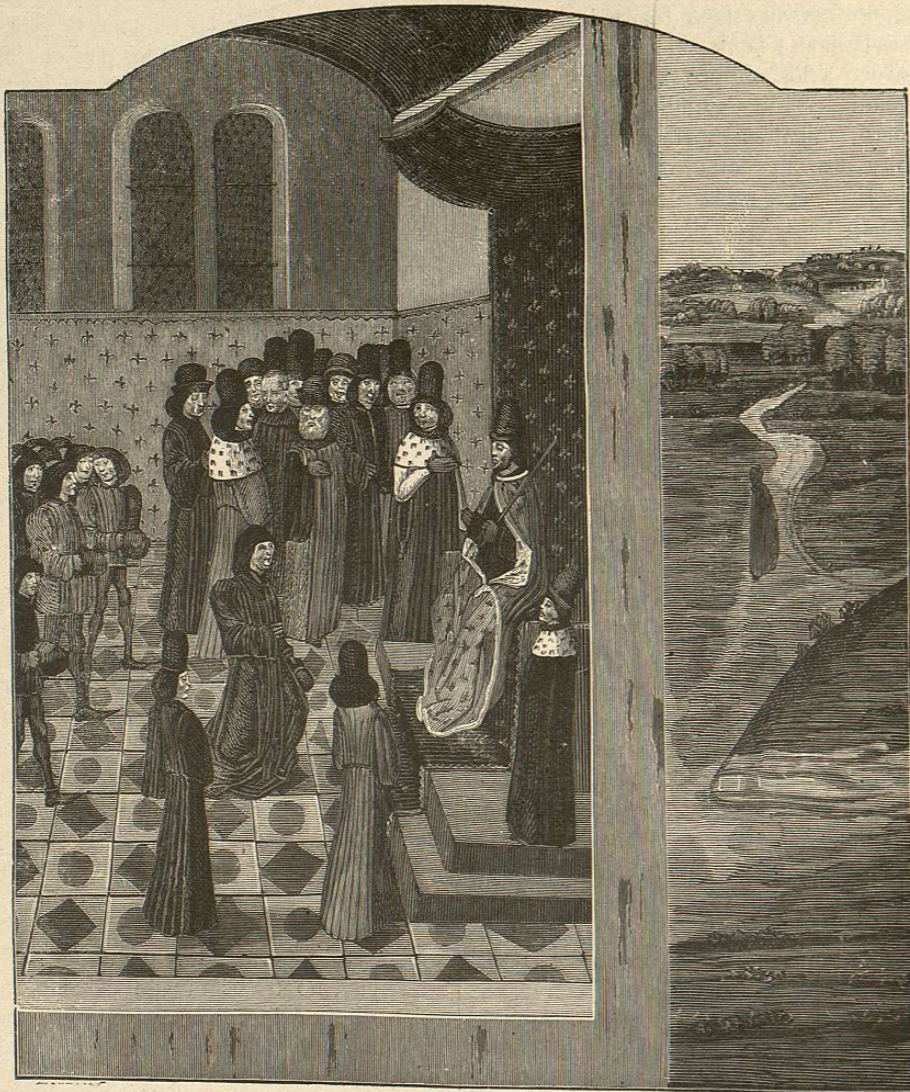


Dictado el fallo y prestado el homenaje, el rey invitó al nuevo duque de Bretaña á que reuniera lo más pronto posible á sus partidarios y le prometió que le enviaría á su hijo primogénito Juan de Normandía para dirigir, de acuerdo con él, la expedición. Citóse á las tropas en Angers, en donde se reunió el ejército á primeros de octubre, dirigiéndose desde allí á Ancenis, por donde

traron en Nantes «con gran solemnidad y á son de trompas, trompetas y clarines,» y Carlos de Blois celebró allí asamblea plena, durando las fiestas cuatro días y asistiendo á ellas los más poderosos barones del ducado. El duque de Normandía y su ejército se retiraron luego, demasiado pronto, según dice Froissart, «porque si hubiesen pasado allí el invierno y hubiesen dejado



El conde de Montfort en presencia del rey Felipe. (De un manuscrito de la Biblioteca Nacional, París.)

entró en Bretaña. Contaba aquel ejército cinco mil soldados y tres mil genoveses.

Juan de Montfort habíase encerrado en Nantes, «buena ciudad, fuerte, bien cerrada y muy provista de vituallas y de artillería;» pensaba que nada debía temer de un sitio que «comenzaría estando demasiado próximo el invierno» y creía que el Loira impediría un cerco completo. Pero después de haber tomado algunos castillos del Loira, debajo de Ancenis, Carlos de Blois y el duque de Normandía empezaron el ataque de Nantes allá por Todos Santos, y antes del 21 de noviembre la plaza se había rendido y Juan de Montfort quedó en poder de sus enemigos, á consecuencia de pactos bastante oscuros, siendo conducido ante el rey de Francia, que lo mandó encerrar en París, y «no esperando verse jamás libre de aquel peligro.» Los vencedores en-

que sus gentes recorrieran el territorio, habrían poco á poco reconquistado el país y ganado el corazón y las opiniones de aquellos que daban la razón al conde de Montfort. Por no haberlo hecho así, surgieron las guerras en Bretaña.»

#### V.—La guerra de Bretaña

La guerra de Bretaña debía prolongarse más de veinte años y fué en extremo confusa, explicándose aquella duración y esta confusión por la ausencia casi continuada de los dos pretendientes que habían de dirigir la lucha. En veintitrés años, los Montfort (Juan I, su mujer Juana de Flandes y su hijo Juan II) no estuvieron presentes en el teatro de las operaciones más que cuatro años y tres meses. Carlos de Blois, hecho prisionero en

junio de 1347, permaneció en Inglaterra hasta el mes de agosto de 1356 y no pudo volver á empuñar las armas sino á partir de 1362, de modo que sólo tuvo el mando durante ocho años. La guerra de Bretaña se hizo, pues, por espacio de quince años sin Carlos de Blois, y diez y nueve sin Montfort; y sus partidarios, faltos de jefes, no quisieron poner fin á la contienda

Amauri de Clissón, tutor y guardador de su hijo. Para decidir á Eduardo III, reconociólo como rey de Francia y se declaró dispuesta á prestarle homenaje; y por último, se apostó en plena Baja Bretaña, en Hennebont junto al Blavet.

En la primavera de 1342, Carlos de Blois reanudó la ofensiva y en una expedición rápida, durante la cual rea-



Juana de Flandes, condesa de Montfort, yendo al encuentro de los señores de Inglaterra. (De un manuscrito de la Biblioteca Nacional, París.)

con golpes decisivos, ya que guerrear era su oficio y su pasatiempo.

Cuando Juan de Montfort cayó prisionero, su hijo no tenía más que dos años; por lo cual su esposa, Juana de Flandes, púsose al frente del partido que se creía perdido. Era aquella, según expresión de Froissart, una mujer con corazón de hombre y de león: al tener noticia de la capitulación de Nantes, «reprimió su cólera y no se dejó abatir en modo alguno,» antes al contrario, reunió á sus parciales y «les expuso llorando el fraude, la traición y la maldad de que su esposo había sido víctima.» Todos cuantos allí estaban tuvieron «compasión de la dama y del niño y la confortaban.» Entonces Juana fué á poner sus fortalezas en estado de defensa, y viendo que el rey de Inglaterra preparaba lentamente los socorros prometidos á Juan de Montfort, le envió á

lizáronse hazañas extraordinarias, se apoderó de Rennes y puso sitio á Hennebont. Aquel sitio fué uno de los episodios heroicos de la guerra: la condesa de Montfort, completamente armada, «recorría 1342 montada á caballo todas las calles de la ciudad, amonestaba á su gente para que se defendiera bien y obligaba á las mujeres á desempedrar las calzadas y á llevar las piedras á las almenas para que desde allí fueran lanzadas contra los enemigos.» Al mismo tiempo incitaba á los caballeros «á intentar hechos de armas maravillosos y devastadores.» Un día, acompañada por trescientos hombres de armas, salió por una poterna falsa, y avanzando por caminos cubiertos, fué á prender fuego al campamento de Carlos de Blois y en seguida corrió al castillo de Aurai, distante de allí seis leguas. Los habitantes de Hennebont «se asustaron y emocionaron al ver que ni



a dama ni sus compañeros regresaban;» pero cinco días después, al despuntar la aurora, volvía la condesa y, engañando á los sitiadores con un falso ataque, entró de nuevo en la ciudad. Y los señores decían «que era el diablo quien la inspiraba.»

Los sitiadores comenzaban, sin embargo, á desesperar, en vista de lo cual Juana dejó que algunos partidarios negociaran una capitulación; pero mientras estas negociaciones se seguían, ella miraba, «presa de gran angustia,» desde las altas torres del castillo, si aparecía por la sinuosa línea del Blavet alguna vela inglesa. Un



Sello de Juana de Montfort

día «sucedió que la condesa se había levantado muy temprano y había subido á lo más alto de una torre del castillo, desde donde, por una pequeña ventana, contemplaba el mar; de pronto vió aparecer gran número de velas y de naves: era la flota inglesa que llegaba. Entonces comenzó á gritar con grandes muestras de júbilo, exclamando con entusiasmo: «¡Dios bondadoso! Veo llegar el socorro que durante tanto tiempo he esperado.» Amauri de Clisson, que se había visto detenido por una tempestad y por toda clase de tribulaciones, traía trescientos hombres de armas y dos mil arqueros ingleses. A fines de 1342, Carlos de Blois levantó el sitio de Hennebont, pero tomó fuertes posiciones en Aurai, en Vannes y en otras plazas importantes.

Dos nuevas expediciones inglesas desembarcaron durante el verano, figurando entre los jefes de las mismas Roberto de Artois, el cual fué gravemente herido delante de Vannes y murió pocos días después, siendo enterrado en Londres. Al fin llegó Eduardo III, á quien habían entretenido la entrada en Escocia de David Bruce y la guerra que de ello se había seguido. Como á todo esto había expirado la tregua pactada en Esplechín y renovada en Arrás, la guerra franco-inglesa comenzaba de nuevo en Bretaña. El rey de Inglaterra, que había desembarcado á fines de octubre con cerca de trece mil hombres, penetró hasta el corazón de Bretaña y fué á poner sitio á Vannes, en tanto que algunos destacamentos de su ejército atacaban Dinán, Rennes, Redón y Nantes.

A las órdenes del duque de Normandía habíase re-

unido un ejército en el Anjou y en el Maine, y en la segunda mitad de diciembre cincuenta mil hombres entraban en Bretaña, recuperaban Redón y Ploermel y llegaban á Vannes, que continuaba sitiada por Eduardo III. Entonces el rey de Francia se reunió con su hijo; las avanzadas de ambos ejércitos se tocaban, pero la estación era mala, «lloviendo día y noche tan copiosamente que era imposible alojarse en los campamentos.» Eduardo III se encontraba falto de hombres, de caballos, de dinero y de víveres, y por las costas hacían continuos cruceros las escuadras francesas.

Dos cardenales, enviados por el papa para reconciliar á los dos reyes, impusieron su intervención, firmándose con este motivo en Malestroit, en 19 de enero de 1343, una tregua de tres años. Montfort fué puesto en libertad bajo la condición de que no volvería á Bretaña, y el rey de Inglaterra regresó á su país llevando consigo á la condesa de Montfort y á su joven hijo.

La primera parte de la guerra de Bretaña, la más animada, quedaba concluida: Carlos de Blois conservaba Rennes y Nantes, la Bretaña francesa, y dominaba en la Alta Bretaña; los Montfort eran dueños del León, de Cornuailles y de casi toda la Baja Bretaña. Uno y otros conservarán, en general, estas posiciones hasta el final de la guerra, y los sitios, las escaramuzas, los combates singulares, se sucederán sin enlace y como al azar: «Parece que estamos en presencia de episodios aislados, tomados de una Ilíada desconocida, cuyo relato principal no se ha conservado (1).»

#### CAPÍTULO IV

##### CRECI Y CALAIS (2)

I. Fin de Artevelde.—II. Renovación de las hostilidades.  
III. Creci.—IV. Calais.

##### I.—Fin de Artevelde (3)

Grandes cambios ocurrieron en la situación política durante las treguas. El conflicto entre Francia é Inglaterra, en vez de extenderse, como era de creer, se circunscribió á los dos reinos: el imperio retiróse de una lucha que ni le interesaba ni le reportaba provecho, pues las grandes incursiones de 1339 y 1340 nada habían producido, y los príncipes no habían podido saquear los ricos territorios de Francia; el emperador Luis de Baviera firmó la paz con Felipe obligándose á desposeer al rey de Inglaterra de la dignidad de vicario imperial y prometiendo, en cambio, el monarca francés tratar al emperador como aliado y reconciliarle con el papa. El día 15 de marzo de 1341 concertábase en Vincennes estas «estipulaciones,» y en 25 de abril del propio año se revocaba el vicariato general. Los arzobispos de Maguncia y de Tréveris siguieron el ejemplo del empera-

(1) De la Borderie, *Etudes bretonnes*, segunda serie, pág. 134.

(2) Véanse las fuentes y las obras indicadas en el precedente capítulo. Guesnon, *Documents inédits sur l'invasion anglaise*, «Bulletin historique et philologique,» 1897.

(3) OBRAS DE CONSULTA.—A. Leroux, *Recherches critiques sur les relations politiques de la France et de l'Allemagne de 1292 á 1378*, 1882. Acerca del fin de Artevelde véanse las obras indicadas en la página 409.

dor, y los duques de Brabante y de Güeldres y el marqués de Juliers prorrogaron gustosos sus treguas con el rey de Francia, de lo que se quejaron amargamente los ingleses.

En Flandes desaparece el más sólido apoyo de la alianza inglesa con la muerte de Jacobo van Artevelde, ocurrida á consecuencia de disturbios provocados ó á lo menos fomentados por la política del rey de Francia, quien encontró cómplices en las ambiciones y en los odios locales. Durante el período de calma de 1340 á 1344 habíanse despertado en el ducado las envidias y facciones locales. La dominación de Artevelde era dura, y el antiguo menestral vivía como un príncipe, rodeado de soldados y con gran ostentación; era amigo de reyes y de duques y había embellecido su palacio y casado á sus hijas con ricos señores. El bajo pueblo, sobre todo los tejedores, excitados por el decano del oficio, Gerardo Denis, que tendía á suplantarlo á Artevelde, le acusaban de dilapidar el dinero que recibía para los negocios de la comunidad. El conde de Flandes, Luis de Nevers, que había regresado á su país, hacía á los flamencos los ofrecimientos más tentadores, y el duque de Brabante intentaba adoctrinar á los diputados de las ciudades. Desde 1342 á 1345 reina la agitación en todas partes: los habitantes de Poperinghen y de Langemark se sublevaron contra Gante é Ipres, estallando una guerra local; Termonde abre al conde sus puertas y se prepara una sublevación en Ardenburgo y en Andenarde. Un ciudadano de Gante acusó á Artevelde de exceso de poder y se insurreccionó con sus amigos; pero Artevelde disponía de las banderas de diez y seis oficios, y los magistrados intervinieron en la contienda, siendo los enemigos de aquél desterrados. La perturbación reinaba, sin embargo, en todo el país, y desde 1343, á consecuencia de la próxima renovación de las hostilidades, veíase nuevamente amenazado el comercio flamenco por el cierre de los mercados. En Gante, los bataneros organizaron una huelga y se batieron con los tejedores, pero fueron vencidos, pereciendo su decano y cincuenta de ellos en 2 de mayo de 1345, en la jornada del «lunes malo.»

Amenazado de esta suerte, Artevelde proyectó, según parece, la destitución del conde de Flandes y de su familia para dar el condado al príncipe de Gales, hijo de Eduardo III, lo cual constituía, dadas las ideas de la época, la mayor de las felonías. ¿Por qué despojar al hijo de Luis de Nevers? ¿Acaso no se educaba en Gante, entre los verdaderos flamencos que le vigilaban? Porque los flamencos «guardaban á Luis, el joven hijo del conde, y decían que lo alimentarían á su manera y que estaría mejor imbuído que su padre en las condiciones flamencas.»

Eduardo III llegó con una escuadra á la Esclusa en los primeros días de julio de 1345, para ponerse de acuerdo con Artevelde y quizás para protegerle; y allí fué á encontrarle éste y allí acudieron también los diputados de las ciudades. No se sabe lo que se habló en la gran nave real que Eduardo III no abandonó; pero cuando Artevelde regresó á Gante, encontró la población en extremo agitada. Señalábase la presencia de partidas inglesas en los alrededores, y esto ponía en gran inquietud al pueblo.

Por la noche, una multitud de tejedores dirigióse al

palacio de Artevelde, «y rodeando el edificio por delante y por detrás, demostraron que á la fuerza querían penetrar en él.» Artevelde salió á una ventana y los amotinados le ordenaron que bajase, á lo que aquél contestó: «Y si estuviese ahí, ¿qué querríais decirme?—Queremos, le replicaron, que nos des cuenta del gran tesoro de Flandes, que por espacio de siete años has tenido en tu poder y del cual has dispuesto á tu antojo, y que nos digas qué has hecho de él y dónde lo has puesto.» Artevelde los citó para tres días después, prometiéndoles que se explicaría delante de todo el pueblo; pero los asaltantes se negaron á concederle este plazo. Entonces les anunció que iba á bajar; pero en vez de presentarse en la calle trató de escapar por las caballerizas, á fin de refugiarse en el convento de los Menores, «en vista de lo cual armóse gran tumulto entre los revoltosos, quienes rompieron á viva fuerza las puertas, y arrollándolo todo llegaron al establo, en donde encontraron á Jacobo de Artevelde que se apercebía á montar á caballo y á escaparse. Inmediatamente se arrojaron sobre él, y (Thomas) Denis le dió el primer hachazo en la cabeza, dejándolo muerto.» Cuando Eduardo III tuvo noticia de aquel trágico suceso, se hizo de nuevo á la mar: la muerte de Artevelde era para él una pérdida muy grande.

##### II.—Renovación de las hostilidades (1)

Felipe VI nada hizo para evitar la renovación de las hostilidades: en aquel entonces mostrábase «hombre muy prematuro» y se dejaba «informar demasiado ligeramente,» dócil sobre todo á las pasiones de su mujer, la cual «hacía destruir á aquellos que iban contra su gusto.» Desde 1343 á 1345 se sucedieron los procesos y las ejecuciones. El señor de Clisson, rico barón de Bretaña que pertenecía al partido de Carlos de Blois, fué preso durante una justa que se celebró en París; vagamente acusado de traición, fué juzgado en forma altamente irregular y decapitado en las Halles en 2 de agosto de 1343, siendo expuesta su cabeza en las murallas de Nantes. Su esposa, Juana de Belleville, tomó entonces las armas é hizo en Bretaña la guerra contra el rey de Francia. Del mismo modo fueron detenidos y ejecutados en 29 de noviembre de 1343 varios caballeros y escuderos del partido de Montfort. Al año siguiente, otro bretón, Enrique de Malestroit, maestresala del rey, fué condenado y torturado en París. En Normandía, Godofredo de Harcourt, señor de San Salvador, «gran banar y de ilustre linaje,» hombre á la antigua, de espíritu muy feudal, violento y aventurero, fué perseguido por haber hecho guerra privada contra uno de sus vecinos á pesar de la formal prohibición del rey; decíase de él que quería proclamarse duque de Normandía bajo la soberanía feudal del rey de Inglaterra. Tres señores normandos, cómplices suyos, fueron condenados en 31 de marzo de 1344 y decapitados sin haber sido oídos. Godofredo de Harcourt había huído, en mayo de 1343, á sus tierras de Brabante; desterrado y privado de sus bienes, que fueron distribuidos entre otros, se pasó en 1345 al bando de Eduardo III y le prestó homenaje.

(1) OBRAS DE CONSULTA.—De la Borderie, *Histoire de Bretagne*, III, 1899. Delisle, *Histoire du château et des sires de Saint-Sauveur-le-Vicomte*, 1867. D. Vaissette, *Histoire générale de Languedoc*, nueva edición, IX, 1885.